

VARIACIONES SOBRE UN TEMA GOETHIANO: “OCIOS DE ESPAÑOLES EMIGRADOS” (1824-1827)

María Rosa Saurin de la Iglesia

1. No parecen haber llamado mucho la atención los ecos goethianos de “Ocios de Españoles Emigrados” [OEE], revista aparecida en tierra libre y bienaventurada mientras la España fernandina padecía el terror de 1824. Por medio de ella un grupo de liberales desterrados en Londres atestiguaron su existencia como comunidad intelectual y política digna de respeto y con ello lo legítimo de su disidencia. Con ese título, calcado sobre *Unterhaltungen deutscher Ausgewanderten* [UdA], los hermanos Villanueva y José Canga Argüelles dieron al público sus opiniones durante tres años con regularidad encomiable. Pero ¿había algo en común entre el olímpico cortesano de Weimar y aquellos proscritos? ¿Qué atrajo a éstos en una obra menor del escritor alemán, tan incondicional admirador de la España eterna como implacable crítico de sus devaneos políticos? ¿En qué coinciden original e imitación? Traumatizado como muchos de sus contemporáneos por la revolución, Goethe nunca disimuló su antipatía hacia el liberalismo español ni ahorró elogios a su debelador el Duque de Angulema¹. Los redactores de OEE, en cambio, tras desempeñar un papel sobresaliente en los dos gobiernos liberales se veían arrastrados en el reflujó del originario entusiasmo político. Cotejemos, pues, modelo y copia.

En *UdA* Goethe se planteaba la traumática experiencia de la Revolución francesa enfrentándose con ella no por vía especulativa sino de manera oblicua. Siguiendo una estructura narrativa tradicional — como que invoca para justificarla al Boccaccio del *Decamerón* — enmarca seis novelitas independientes en una introducción que les da unidad y que tiene como referente el presente histórico. La alusión al sitio de Magun-

1. Biedermann, *Gespräche*, IV, p. 208 y V, p. 29; A. Farinelli, *Guillaume de Humboldt et l'Espagne. Goethe et l'Espagne*, Torino, F. Bocca, 1924, pp. 340-341.

cia — en junio de 1793 — anuncia la cronología dentro de la que se desarrolla la narración², muy cercana a la fecha de publicación (1795). Huyendo de las tropas revolucionarias los protagonistas — aristócratas emparentados entre sí, con allegados y servidores —, buscan refugio en sus propiedades de la ribera opuesta del Rin. El papel representado en el *Decamerón* por la huida de la peste se confía aquí a la fuga ante otro tipo de contaminación, política y revolucionaria ésta pero no menos letal. Ya en salvo, los emigrados pasan las veladas contando historias, socorrido juego de salón e instrumento excepcional no sólo para entretener la forzosa inactividad sino también, según las intenciones de la señora de la casa, para suavizar dificultades de convivencia, roces e incomprensiones, e incluso para afinar gustos y sensibilidad en los concurrentes³. La introducción, reconstruyendo de manera novelesca los sinsabores de un grupo aristocrático en el exilio, hace referencia concreta al dramático presente mientras que las seis historias narradas por varios miembros de la tertulia, sin la menor relación argumental con el marco narrativo inicial, parecen justificarse por sí mismas en su ejemplaridad intemporal como auténticos cuentos morales. Así lo entendía la crítica hasta no hace mucho aunque tienda ahora a atribuirles una función específica, a modo de reflejo ejemplificado de lo tratado en las conversaciones de los protagonistas⁴.

La gestación de la obra explica no pocas de sus particularidades y, sobre todo, el contraste entre la obsesión por la revolución — evidente en el encuadramiento — y la repugnancia a ocuparse de ella, dilema resuelto estructuralmente desviando el interés de oyentes y lectores hacia lo maravilloso o ejemplar. Goethe había sido invitado por Schiller a colaborar en la revista por él dirigida, “Die Horen”, refinada tentativa de mantener el espíritu crítico y especulativo en medio de la reciedumbre de los tiempos. En ella la idealización de la belleza como dispensadora de libertad y la explícita renuncia a lo político retratan de cuerpo entero a editor y colaboradores. Tanto Schiller y Goethe como gran parte de su público rechazaban la politización de la vida y la literatura traída por las circunstancias y mostraban parecida confianza en el arte como panacea capaz de suturar los desgarrones pasionales del presente. El apoliticismo programático que impregna la revista — sublimación de la impotencia política alemana, disfrazada con visos de aristocraticismo⁵ — hacía de la dimensión estética, en cuanto ya conocida y no problemática, un refugio

2. Cfr. J.W. Goethe, *Unterhaltungen deutscher Ausgewanderten*, en *Sämtliche Werke nach Epochen seines Schaffens*, Münchner Ausgabe, Hgg. von Reiner Wild, München, C. Hanser Verlag, 1988, Bd. 4.1; pp. 442 y 1043-1044.

3. Cfr. B. Bräutigam, *Die ästhetische Erziehung der deutschen Ausgewanderten*, en “*Zeitschrift für deutsche Philologie*”, 96, 1977, pp. 508-539.

4. Cfr. el comentario de R. Wild, loc. cit., p. 1047.

5. G. Baioni, *Classicismo e rivoluzione. Goethe e la Rivoluzione francese*, Napoli, Guida, 1969, p. 181.

para los azares del momento. Los dos escritores, excluyendo por principio cualquier alusión al fermento inoculado por la Revolución incluso en el mundo del espíritu, pretendían reconstituir una república literaria donde el arte actuase como elemento corrector de la dinámica de la historia. Ese ideal de cultura supone una postura ideológica polémica hacia lo político como connotación inseparable de la modernidad: proyecto tan aséptico como exquisito en el que *UdA*, aparente concesión a la problemática de actualidad, abre un interrogante. Los seis episodios de que consta salieron en “Die Horen” sin plan previo, como si al autor no le preocupase crear una solución de continuidad entre ellos y prefiriese la estructura abierta y encadenada, para poder así truncar o variar su colaboración según lo aconsejase la acogida del público.

El diálogo es la forma adoptada por los emigrados de la ficción goethiana para entretenerse. Tanto del recíproco intercambio de opiniones como de los cuentos — morales unos, fantásticos o realistas los demás — con que cada uno, por turno, ameniza las veladas se desprende un mensaje muy grato sin duda a las *schöne Seele* de aquel mundo en trance de desaparecer: esto es, sólo el fortalecimiento del espíritu y el respeto recíproco pueden hacer frente al catastrófico desmoronamiento de aquel mundo, inevitable consecuencia acarreada por el triunfo revolucionario. El arte de narrar tiene, pues, sentido pragmático y sirve para destacar la importancia social de valores que las vicisitudes de los protagonistas de cada novelita ilustran, ya sea el dominio de sí mismos o el sentido del deber, la capacidad de adaptarse y contemporizar o la concordia entre adversarios. Por esta vía el escritor se adueña del problema político que lo acuciaba para transformarlo en un problema moral que remite, sí, a una transformación de la sociedad si bien reduciéndola a evolución paulatina y razonable. A través de la moraleja de cada cuento se comprueba cómo, en el fondo, Goethe reiteraba la confianza típicamente ilustrada en la literatura como factor de educación⁶. Novedad importante es que en vez de idealizar el estilo de vida aristocrático exalte valores típicos de otra clase social bien distinta — apolítica ésta, aunque conservadora y arraigada en la ética del trabajo — atribuyéndole el papel de modelo a seguir en el futuro⁷.

2. Hasta aquí la invención goethiana. Muy poderosa hubo de ser su atracción para inspirar un plan publicístico tan ambicioso como el de OEE. ¿Cuándo y cómo se produjo el conocimiento de *UdA*? Es bien sabido que la introducción de Goethe en España fue tardía y parcial, limitándose en

6. J.W. Goethe, *Unterhaltungen deutscher Ausgewanderten*, en *Sämtliche Werke*, IX, Hgg. von W. Vosskamp u. H. Jauman, Frankfurt am Main, Deutscher Klassiker Verlag, 1992, p. 1554.

7. G. Baioni, op. cit., p. 162.

los primeros tiempos al *Werther* y a *Hermann y Dorotea*⁸. El desconocimiento de la lengua alemana, su escasa difusión en la Península explican ese retraso y el filtro de las traducciones francesas. De éstas o de sus adaptaciones se valieron los españoles del siglo XIX para acceder a una producción de cuyas ideas saborearon los aspectos estéticos más que la vertiente ideológica. Solo bien entrado nuestro siglo se tradujo al español uno de los cuentos de *UdA*, que, aislado del contexto, pierde con ello su razón de ser⁹. Así pues, el descubrimiento de esta obra tuvo que producirse en el primer cuarto del siglo XIX, y precisamente con ocasión del destierro liberal. Precisamente por aquellos años las traducciones de autores alemanes debidas a Carlyle y publicadas en la “Foreign Quarterly Review” y su correspondencia con Goethe sugieren una atmósfera de admiración hacia la cultura germánica de la que participaba todo el mundo intelectual. La vivacidad cultural londinense no permitió que los emigrados viviesen enquistados en su pequeño mundo, como suele creerse¹⁰, y contribuyó a hacerles descubrir corrientes del pensamiento europeo poco conocidas. El trato entre liberales españoles e italianos, por ejemplo, debió mucho a Lord Holland, en cuya casa y biblioteca, abiertas a los refugiados¹¹, pudieron familiarizarse con todo aquello que de la producción transpirenaica mejor se conciliaba con su idiosincrasia. En Londres se renovaron antiguos tratos: Viktor Aimé Huber — joven doctor en medicina alemán enamorado de España, por la que había viajado durante el Trienio conociendo a personajes del mundo de las letras y la publicística como Mejía y Villanueva — volvió a tropezarse allí con este último. A este apasionado admirador de los españoles se debe una patética evocación de la vida de los emigrados, recogida en *Madrid, Lisboa und die Refugiados in London*¹². Allí se contiene una interesante semblanza del «Señor Don Lorenzo», indicado otras veces con la inicial de su apellido o con el título de *Canonicus*, ya que lo era en Cuenca¹³.

8. J.F. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1966, pp. 25-30 y 202-203; cfr. R. Pageard, *Goethe en España*, Madrid, C.S.I.C., 1958, p. 25.

9. Cfr. U. Rukser, *Goethe en el mundo hispánico*, México, F.C.E., 1971, p. 185: se reduce a estudiar el impacto de las obras mayores.

10. Según R. Sánchez Mantero la mayor parte de los españoles «sólo mantuvo un contacto epidérmico con el mundo en que vivieron durante la década del exilio»: *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Rialp, 1975, p. 119.

11. M.C.W. Wicks, *The Italian Exiles in London. 1816-1848*, Manchester, Manchester University Press, 1937, *passim*; M. Murphy, *Blanco White. Self-banished Spaniard*, New Haven-London, Yale University Press, 1989, p. 151.

12. In *Museum des neuesten Literatur von G. Schünemann*, Bremen, 1833, pp. 207-266.

13. V.A. Huber lo encuentra en el entierro de la viuda de Riego y matiza con detalles incontestables aquel recuerdo emocionado: «Ich erkannte endlich unter ihnen einige mir

Llaman poderosamente la atención tanto la procedencia social y geográfica del autor como su educación: el padre era miembro de la diplomacia sajona y colaborador en el “Allgemeine Zeitung” de Cotta — el editor de Schiller y Goethe —, autor de numerosas novelas, piezas teatrales y traducciones. Un ambiente, en suma, caracterizado por la familiaridad con el máximo representante de la cultura germánica y la devoción hacia sus ideas¹⁴. El encuentro del ilustre eclesiástico con el joven admirador de España, inolvidable para éste, pudo brindar al desterrado un nuevo modo de considerar el presente, suscitando el paralelo con situaciones análogas. Villanueva, muy escueto en sus memorias acerca de la época londinense, no lo menciona para nada, aunque — todo hay que decirlo — tampoco parece dar gran relieve a su actividad publicística de entonces¹⁵. Pero, aun así, convendrá no descartar los posibles frutos de ese encuentro en circunstancias tan distintas de las de su primer conocimiento.

Otras relaciones pueden contribuir a explicar la aproximación de los desterrados españoles a Goethe, en particular las entabladas con los alsacianos Treuttel y Würtz, profesionales del comercio de libros y encarnación del ideal de *libraire savant*, o con el sajón Rudolph Ackermann, típico industrial de los nuevos tiempos. Quizá también en este caso ideología y procedencia geográfica puedan contribuir a aclarar la reminiscencia goethiana con que, al colaborar con ellos, los prófugos españoles bautizaron su propia empresa. Procedentes de Estrasburgo y Weimar — tan impregnadas de sabor goethiano —, triunfantes luego en París y Londres, estos dinámicos protagonistas del nuevo concepto de industria y cultura transmitirían a los desterrados matices poco conocidos en latitudes hispánicas: lo que del patrimonio goethiano primase en ese ambiente de negocios no serían por cierto los desbordamientos *larmoyantes* ni la inagotable casuística de la sensibilidad difundidos en España por el *Werther*, sino la fe del poeta de Weimar en los valores burgueses y su llamamiento

bekannte Spanier, untern andern den ehrwürdigen alten V. — in Stütck und Unglück, in Ehren und Würden wie in Elend und Verbannung der gleich rüstige Vertheidiger der katholischen Religion gegen die Aufklärerei und Irreligiosität der Zeit, der Unabhängigkeit der spanischen Kirche gegen die Anmassungen Roms und die Lehren des Jesuitismus, und der bürgerlichen Freiheiten gegen den weltlichen Despotismus — als gründlicher Forscher der Lehre, der Rechte, der Geschichte der Kirche ausgezeichnet, der herrlichen castilischen Sprache in Schrift und Wort, zu Ernst und Scherz, kräftiger Einfalt und scharfem Witze in gebundener und ungebundener Rede mächtig, wie kaum einer seiner Zeitgenossen, und durch seine tiefe, lebendige, glühende katholische Frömmigkeit und kastilische Freiheitsliebe mit ernster Heiterkeit den Leiden des Alters, der Armuth, der Verbannung, der Verfolgungen und Verläumdungen trotzend, welche auch in der Fremde nicht von ihm abliessen»: op. cit., pp. 228-229.

14. Cfr. R. Elvers, *Viktor Aimé Huber, sein Werden und Werken*, Bremen, 1872-1874, 2 voll.

15. J.L. Villanueva, *Vida literaria de D..., o Memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo. Escrita por él mismo*, Londres, 1825, II, pp. 384.

a salvar la fragmentación de la sociedad por medio de la cultura. Era convicción de Goethe que el arte y la ciencia unen a la humanidad cuando todo lo demás contribuye a dividirla y esta idea, igual que la de unidad económico-cultural como principio aglutinante de una Alemania fragmentada políticamente por la historia, lograron amplia resonancia en el mundo germánico de la época¹⁶. Si la admiración hacia aquel astro intelectual dilataba su prestigio hasta las chozas de la pobre gente — como prueba la devoción del secretario Eckermann¹⁷ no extrañará la vigencia de sus ideas entre profesionales del libro integrados en una burguesía en pleno triunfo, como era la británica. Al ensanchar sus horizontes profesionales insertándose fuera de su tierra en una situación política nueva, estos técnicos altamente cualificados, devotos de la ética del trabajo, aportaron modelos culturales alternativos al país de adopción¹⁸. El alto grado de desarrollo del proceso industrial británico se encargó de actuar como canal privilegiado para relacionar lo español con lo germánico. Autorizados a comerciar con Inglaterra en 1808 — en pleno Imperio —, Treuttel y Würtz, asociados con Martin Bossange, actuaban en Londres ya desde 1816¹⁹ atrayendo a sus novedosas iniciativas a varios miembros de la colonia española experimentados en el terreno de la publicística. En su órbita entraron no sólo Villanueva, Canga Argüelles y Mendíbil, redactores de OEE, sino también el polifacético Marcelino Calero y Portocarrero, que acabaría por imprimir aquella misma revista en su propia imprenta al cesar el primer tipógrafo McIntosh²⁰.

También Ackermann tenía raíces desde principios de siglo en Londres, donde sus empresas litográficas y su novedoso concepto de la función de las artes plásticas en la sociedad gozaron de gran prestigio²¹. La trayectoria profesional de este industrioso alemán, típica de la mentalidad empresarial de los nuevos tiempos, supo salvar la solución de continuidad entre

16. Cfr. H. Tümmeler, *Goethe als Staatsmann*, Göttingen, Musterschmidt, 1976, pp. 76 y 114.

17. Cfr. J.P. Eckermann, *Gespräche mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens*, en *Sämtliche Werke nach Epochen seines Schaffens*, München, Hanser Verlag, 1986, Bd. 19, Hgg. von H. Schläffer, p. 707.

18. Cfr. H. Jeanblanc, *Des Allemands dans l'industrie et le commerce du livre à Paris (1811-1870)*, Paris, C.N.R.S. éditions, 1994, pp. 210-211.

19. Cfr. F. Barbier, *Una librairie 'internacional': Treuttel et Würtz à Strasbourg, Paris et Londres*, en "Revue d'Alsace", n. 111, 1985, pp. 111-123.

20. Sobre Calero cfr. Lloréns, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, 1968, pp. 62-63, passim, y M.R. Saurin de la Iglesia, *Marcelino Calero y Portocarrero*, en *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal [DBTL]*, Madrid, pp. 113-115.

21. Cfr. W.J. Burke, *Rudolph Ackermann*, New York, 1935; J. Ford, *Rudolph Ackermann, 1783-1983*, London, 1983; M. Smith, *Rudolph Ackermann and 'The Repository of Arts'*. In *Search of the Picturesque*, The Houghton Library-Harvard University, 1.VIII-2.IX.1995, catálogo de la exposición. Cfr. el elogio de Ackermann en OEE, n. 7, octubre 1824, p. 256.

el mundo de la cultura y el de los negocios dando un giro imprevisto a entrambos. Su “Repository of Arts”, que había empezado por ser un simple almacén de objetos artísticos, acabó por dar vida a la revista de igual título que, entre 1814 y 1829, popularizaba modas y literatura fascinando al mundo británico en tanto que la red empresarial por él creada, con un volumen imponente de negocios de altos vuelos — desde las actividades editoriales al alumbrado y calefacción de gas —, consagraba el triunfo de sus iniciativas.

Estos hombres de negocios encarnan algunos de los valores más altos de la época: equilibrados seguidores del espíritu de la Revolución los primeros, enemigo jurado de Napoleón y liberal templado Ackermann, logran elevarse a la mayor consideración social y profesional gracias a su dinamismo e inteligencia. Son, en suma, perfectos ejemplares del ciudadano útil y aplicado surgido de la Ilustración y promovido por la ética liberal, confirmación rotunda del vigor de una ideología liberadora. De esas convicciones supieron hacer instrumento de afirmación profesional apoyándose en la coyuntura favorable. Si la aventura napoleónica había impulsado a Schiller y Goethe a elaborar su teoría de la cultura como cemento de unión que, por encima de la ruina política del Imperio, siguiera estrechando a los miembros de la nación alemana con lazos indisolubles²², las últimas consecuencias de esa idea fructificarían de modo imprevisto, aplicadas por esos industriales de nuevo cuño a un dinámico concepto de supremacía española anclado en la cultura. Las iniciativas editoriales de Ackermann, Treutte y Würtz transfieren ese concepto de comunidad cultural al terreno que les es propio: con gran sentido de la oportunidad, dándose cuenta del imponente mercado abierto por la independencia de las colonias españolas, se apoyan en la intelectualidad española refugiada en Londres para extender su imperio publicístico al otro lado del Atlántico. La primera maniobra en ese sentido toma cuerpo en 1822 en una revista trimestral ilustrada destinada a la América recién emancipada, “Las Variedad El Mensajero de Londres”, cuya dirección y redacción encomendó Ackermann a Blanco White. Por poco tiempo, ya que el sevillano, condicionado por patrones culturales muy distintos, no se dejó captar por los insólitos métodos publicísticos del editor²³. Más flexible e innovador, Pablo Mendíbil colaboraría en ella antes de pasar a OEE, rejuveneciendo su orientación.

El papel irrefrenable de las letras como entretenimiento traído a pri-

22. F. Schiller, *Fragment Deutsche Grösse*, en *Sämtliche Werke*, Säk. Ausgabe, 2, 386 y sgg.; cfr. F.C. Sell, *Die Tragödie des deutschen Liberalismus*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1953, pp. 46-47.

23. Cfr. M. Méndez Bejarano, *Vida y obra de Don José María Blanco y Crespo (Blanco-White)*, Tip. de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, Madrid, 1921, cap. 13; sobre la incompatibilidad de Blanco con la idea de revista ilustrada v. Lloréns, op. cit., pp. 328-329.

mer plano por el periodismo desde fines del siglo XVIII transforma la noción misma de literatura y llega a hacer tambalearse todo un concepto de la cultura²⁴ postergando las connotaciones eruditas y didácticas que los espíritus chapados a la antigua suponían inseparables de ella. Sólo la ligereza adquirida por las letras a costa de su profundidad erudita explica el *fureur de lire*, fenómeno social inseparable de las grandes transformaciones del moderno capitalismo. La literatura, diversión al alcance de todos, conquista al público, crea gabinetes de lectura y estimula la aparición periódica e incesante de almanaques, libros de bolsillo y novelas por entregas. Ése es el clima que, habiendo triunfado en Europa en toda la línea, se pretende extender a la América hispana. Hacia ella irradia desde Londres una extraordinaria proliferación de publicaciones en lengua española con miras a conquistar el mercado cultural, poco menos que virgen de las antiguas Indias. La demanda de cultura al alcance de todos imprime al tráfico editorial una aceleración imponente dotándolo de estrategias propias que la prosperidad británica facilita. Así la nueva dinámica absorbe en sus mecanismos de mercado a los hombres de letras españoles y los obliga a revisar el concepto de su propio papel. Porque para asegurar el éxito de aquella operación económico-cultural se requería un tono especial, divulgación más que sapiencia, considerables dosis de tacto, delicadeza en cuestiones espinosas, agrado, en suma. ¿Hasta qué punto los desterrados liberales, factor indispensable en esa conquista cultural de la América emancipada, se hallaban dispuestos a transigir con exigencias editoriales de neutralidad ideológica? Recién salidos de una experiencia existencial desastrosa ¿llegaron a alcanzar en este punto la compenetración ideal con sus editores?

La dureza de una radicalización política como la que había conducido al exilio a la clase dirigente española fue una de las dificultades que hubieron de afrontar los proscritos de la revolución liberal, aun en medio de la amigable acogida de parada a nivel oficial por Inglaterra. Porque ni siquiera ante los más acérrimos enemigos de Napoleón resultaba fácil justificar la “*mauvaise Constitution*” por la que se habían sacrificado: no otra cosa se desprende de la conversación de Alcalá Galiano con madame de Staël recogida en las *Memorias* del primero²⁵. Todavía de vuelta del Trienio seguían en pie críticas al sistema político español como las que obligaron a J.L. Villanueva a vindicar en la tertulia de su anfitrión irlandés la actitud del gobierno al que había pertenecido²⁶. Además, y por

24. De Mayáns a Cadalso las críticas sobre los “sabios aparentes” no apuntan sino a ese gusto de saber libre de pesadeces eruditas. Bien explícitas acerca de las últimas consecuencias de esa actitud son las polémicas sobre la función de la prensa: v. M. Pardo De Andrade, *Los artículos del “Diario de Madrid” (1794-1800)*, La Coruña, Fundación P. Barrié de la Maza, 1989, Introducción de M.R. Saurin de la Iglesia, pp. 35-45.

25. A. Alcalá Galiano, *Memorias*, en *Obras escogidas*, Madrid, B.A.E., 1955, I, pp. 427-430.

26. Cfr. J.L. Villanueva, en OEE, n. 2, mayo 1824, pp. 181-182.

poco crédito que se quiera dar a la reconstrucción de las vicisitudes de los emigrados novelada por Huber, de ella se desprende la desconfianza y el desprecio que el vulgo británico nutría hacia la multitud de refugiados políticos españoles — papistas y para colmo «traidores a su rey» — que agravaba con su miseria los conflictos de una ciudad como Londres²⁷. Todo eso remite a la insistente apología de su propia actuación política que caracteriza a los emigrados, polarizados en el destierro, igual que en la Península, en torno a radicalismo de un lado y moderación del otro y reflejada en todas sus actividades.

Entre los acogidos al refugio británico — ministros, diputados, altos cargos militares, funcionarios públicos o simples simpatizantes con el régimen liberal —, pocos se resignaron a la muerte civil a que estaban condenados. Para eludir su inactividad forzada los más jóvenes y arrojados se entregaron a la conspiración y a las expediciones revolucionarias mientras la retaguardia flanqueaba su acción con la labor publicística. Con ello mantenían vivas las razones ideales de su compromiso político y certificaban la existencia de una España merecedora de respeto en el concierto de los demás países europeos, de la que seguían considerándose representantes. Volviendo por los fueros de la política liberal española terciaron en el debate político internacional para restaurar el crédito de su país y vindicar un concepto de España distinto de la imagen de fanatismo predominante al otro lado de los Pirineos. A esa clase dirigente que el ostracismo había excluido de la acción le urgía dar prueba de equilibrio y demostrar al mundo que existía un pueblo español civilizado, del «que ellos habían sido parte, y tipo, y representantes en España»²⁸. Con toda su ambigüedad, el término “pueblo” siempre presente en el lenguaje de los primeros liberales no impide reconocer la identificación con él de la burguesía, clase dinámica y renovadora de la que los desterrados se sentían parte. La sobreestimación que hacen de sí mismos como colectividad representativa del momento histórico es elemento importante a la hora de establecer puntos de contacto con el Goethe antirrevolucionario, ya que la aversión del poeta hacia los excesos democráticos no excluyó en ningún caso su aprecio hacia los valores del mundo burgués. Así, aunque un abismo separase las perspectivas del ministro de Weimar del compromiso político que había llevado al exilio a los liberales españoles, no puede decirse lo mismo de los presupuestos ideales que compartía con ellos y que no eran sino el último avatar de la ideología ilustrada. Bosquejar la trayectoria individual de los redactores de OEE puede contribuir a identificar esos referentes ideales.

27. V.A. Huber, op. cit., pp. 238-239.

28. A. Alcalá Galiano, *Recuerdos de un anciano*, en *Obras escogidas*, cit., p. 214.

3. OEE es punto de encuentro de varios representantes del ala moderada del liberalismo español en el exilio. De una misma matriz cultural traían su origen los hermanos Joaquín y Jaime Villanueva, Canga Argüelles y Pablo Mendíbil²⁹. Por la contigüidad de su fecha de nacimiento los tres primeros pertenecen a la misma generación, apareciendo Mendíbil distanciada de ellos en unos veinte años. Aun con la diferencia de matices derivada de su particular inserción en la sociedad, unos y otros son hijos de la cultura ilustrada y asumen de parecida forma la crisis del antiguo régimen desarrollando una innegable disponibilidad para el cambio. Su *engagement* como patriotas o como afrancesados se tradujo bien pronto en un reformismo tendente a integrar la sociedad española en los parámetros de la modernidad. Sólo el modo de alcanzarla los diferenció. La radicalización impresa por el Trienio a la vida política española difuminaría sus diferencias originarias volviendo a acentuar las tendencias moderadas que tenían en común. Será el destierro lo que haga reaflojar en ellos un espíritu conciliador empeñado en salvar lo salvable de la revolución liberal. En esa segunda época de su vida, en la que el reflujó revolucionario los obliga a un profundo examen de conciencia, deciden formar frente común y definir el alcance de su compromiso, operación tanto más oportuna cuanto que el radicalismo de otros compatriotas — los reunidos bajo la enseña de “El Español Constitucional”, con su apología de la acción directa — difundía en Inglaterra una imagen unilateral de lo que había sido la revolución española, empobreciendo la multiplicidad de su significado. Contra el cuadro apocalíptico y desquiciado suscitado por la simple idea de revolución y reforzado por las vicisitudes españolas, la añoranza de un equilibrio fundado en razones históricas impulsa a los redactores del nuevo periódico. Creen como Goethe en una modernización gradual y sin traumas de la sociedad y con él comparten reticencias comunes a tantos liberales de la primera hora (Jovellanos, por ejemplo). Parecidas vacilaciones en los trances de ruptura, el mismo rechazo del radicalismo y de la violencia ciega, considerada inseparable de la revolución, se enlaza en todos ellos con la aversión por las polémicas y con la exaltación de la burguesía como fuerza motriz de la sociedad. No extraña su afán de alumbrar nuevos modelos culturales una vez que la intervención del Duque de Angulema había desprestigiado definitivamente el ascendente de Francia. De las vivencias del exilio sacaron modelos alternativos, como la aportación doctrinal y estética del pensamiento de Goethe, admirador incondicional de la burguesía, partidario de las reformas morales graduales, enemigo de la violencia.

Joaquín L. Villanueva y su hermano Jaime muestran una erudición profunda al servicio de un ideal que bajo, la presión de las circunstancias, se encauza en la dirección señalada por el liberalismo. Erudición eclesiá-

29. Cfr. V. Llorens, op. cit., pp. 302-324.

stica, desde luego — letras en la acepción amplia, lejos de su moderna versión de *belles lettres* — que acabaría por revolverse contra la misma institución de que surgiera cuando la forma de vida tradicional española y su necesaria evolución se demostrasen incompatibles. La decidida defensa del regalismo, norte que orienta la vida pública de los hermanos desde sus primeros pasos, es ya una toma de posición política a favor de la autoridad del Estado y frente a la omnipotencia de la Iglesia, actitud que desemboca en defensa incondicional de la nueva legalidad. La actuación de entrambos va desde el jansenismo inicial hacia formas cada vez más comprometidas de acción política, evolución compartida por otros contemporáneos de formación igualmente eclesiástica y no siempre bien interpretada: los diferentes perfiles de J. L. Villanueva que asoman en sus retratos revelan el temple de un personaje conciliador hasta lo proteico, dotado de una marrullería muy clerical y de innegable habilidad para mantenerse a flote en las situaciones más contradictorias. Nadie, en cambio, pone en tela de juicio su talento ni la solidez de su doctrina³⁰. El empeño en reducir el papel de la Iglesia a sus verdaderos límites espirituales, típico de los reformadores enciclopedistas y asumido en pleno por Villanueva, no podía serle perdonado por los absolutistas ni dejar de influir en su caracterización negativa, compartida con los exaltados. Los visos de regalismo y jansenismo que marcan toda su conducta explican su temprana adhesión a las reformas de Cádiz no menos que la sustancial moderación política coincidente con la de los eclesiásticos josefinos³¹. Agotado el ciclo evolutivo de aquella corriente ideológica, la firmeza del empeño político de Villanueva no decaería, así que, en rigor, sólo sus enemigos pudieron acusarlo de oportunismo. Por lo demás, el precio altí-

30. Cfr. A. Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos del Dr. D.... contra el Dr. D. Joaquín Lorenzo Villanueva*, Londres, Imprenta de G. Guthrie, 1832, I, p. XX; C. Le Brun, *Retratos políticos de la revolución de España*, Impreso en Filadelfia, donde se encontrará de venta en casa del Editor, 1826, p. 21, lo define «Diputado de las Cortes constituyentes, eclesiástico y escritor, cambiacoiores...». Sus modales jesuiticos son destacados en las *Condiciones y semblanzas de los Diputados a Cortes para la legislatura de 1820 y 1821*, Madrid, Imp. de D. Juan Ramos y Compañía, 1821, p. 98, donde se observa además que «quien ha tenido la desgracia de vivir bajo un gobierno absoluto y obtenido de él empleos de honra y provecho suele adquirir mal de su grado ciertos hábitos contemplatorios y circungiratorios que no se pueden perder con facilidad...». E. Laparra sintetiza la opinión moderna: *Villanueva y Astengo, J. L.*, en *DBTL*, pp. 688-689.

31. Sobre su jansenismo v. estudio preliminar de M. Artola a las *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Madrid, B.A.E., 1957, II, pp. XVII-XXV; para sus relaciones con el Inquisidor general Arce cfr. L. Barbastró Gil, *Revolución liberal y reacción (1808-1833)*, Alicante, 1987; id., *Los afrancesados. Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*, Alicante, C.S.I.C.-Instituto J. Gil Albert, 1993, pp. 85-86; para las connotaciones revolucionarias del jansenismo v. D. Van Kley, *The Jansenist Constitutional Legacy in the French Prerevolution*, en *The Political Culture of the Old Regime*, vol. I de *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 169-201.

simo que pagó por esa fidelidad a una idea habla bien claro: seis años de reclusión al regreso del Deseado y el destierro definitivo en la ominosa década atestiguan su convicción. Parecida suerte fue la de su hermano Jaime, dominico exclaustrado, que actuó de conserva con Joaquín condividiendo con él ideas y estudios hasta última hora, cuando la muerte lo sorprendió en Londres.

En cuanto a Canga Argüelles, también la solidez de su cultura es un concepto totalizador de estilo ilustrado, pues une competencias técnicas que lo llevaron a puestos de gobierno de alta especialización — el ministerio de Hacienda, cima y coronación de análogos encargos anteriores — a una fe inamovible en el poder liberador de las letras³². El culto de la información exacta como medio para crear un estado de opinión distingue su actividad, de filiación ilustrada innegable y, como tal, parte integrante de la cruzada enciclopedista contra la ignorancia. Su manía estadística, una de las armas privilegiadas del reformismo ilustrado, provocaba la rechifla de los adversarios y se evidencia en el detallismo de sus *Memorias* leídas ante las Cortes «que lo que es en el papel estaban muy bonitas, con sus planas, con sus lises...»³³. La actividad periodística, conducto predilecto de la batalla contra la ignorancia, contó entre las iniciativas más constantes del asturiano, ya practicada en primera persona o apoyando desde el ministerio a toda empresa publicística capaz de arrancar a los españoles de su ceguera: dígalos el patrocinio a Pardo de Andrade en país y momento tan decisivos para la lucha contra el poder eclesiástico como la Galicia de la Guerra de la Independencia³⁴. Los límites y el lastre de esa filiación serían difíciles de superar para Canga Argüelles, pronto desbordado por la aceleración irrefrenable de la revolución española. Su dificultad para ponerse al paso se evidenció enseguida exponiéndolo a las críticas de los contemporáneos tanto en el primer gobierno liberal como en el segundo. Esto explica la tendencia al repliegue, la palinodia que — para escándalo de sus compañeros de desgracia — empieza a entonar en Londres al cambiarse las tornas y que le valió la vuelta al redil fernandino poco antes de morir el monarca: una trayectoria que confirma la sustancial moderación de que había partido.

Parecido es el caso de Pablo Mendíbil, colaborador en OEE al morir Jaime Villanueva³⁵. De la pasión por las letras, entendidas también aquí

32. La opinión de sus contemporáneos en C. Le Brun, op. cit., pp. 74-76; cfr. A. Gil Novales, *Canga Argüelles y Cifuentes*, J, en *DBTL*, pp. 121-122; cfr. estudio preliminar de Á de Huarte y Jáuregui a J. de Canga Argüelles, *Diccionario de Hacienda*, Madrid, BAE, 1968, pp. IX-XC.

33. C. Le Brun, op. cit., pp. 74-75.

34. Cfr. M.R. Saurin de la Iglesia, *M. Pardo de Andrade y la crisis de la Ilustración*, La Coruña, Gaesa, 1990, p. 201.

35. Cfr. su nota autobiográfica *Summary of a Life*, en “The New Monthly Magazine and Literary Journal”, (London) 1835, pt. 2, pp. 44-49, utilizada por Llorens, op. cit., pp.

como vehículo de ideas e instrumento de progreso, supo hacer profesión lucrativa y principal medio de vida tanto durante el primer destierro en Francia como durante el segundo en Inglaterra. De esa fe derivaron actividades complementarias entre sí: la enseñanza a que se dedicó en Burdeos colaborando con Manuel Silvela y la edición de clásicos españoles o las sucesivas empresas de traducción y divulgación que le dieron renombre. Como tantos españoles cultivados de su tiempo, Mendíbil creyó reconocer en las reformas josefinas la panacea para la crisis del estado y de la sociedad española, y cuando lo que hubiera debido ser transición rápida e indolora hacia la modernidad bajo el signo de la legalidad napoleónica se convirtió en horrible pesadilla, no pudo por menos de recalar en posiciones liberal-patrióticas. Su talante receptivo para la innovación, distinto del oportunismo que se suele achacar a los afrancesados, explica que, fracasada la oportunidad imperial para resolver la crisis interna española, aceptase — como todos los que creían en un cambio sin traumatismos — la legalidad revolucionaria controlada por los liberales, que prometía evitar peores males³⁶. Si — como es de rigor desde Menéndez Pelayo — se conviene en identificar a los afrancesados con el primer núcleo de un partido moderado, se verá que en su órbita gravitaba Mendíbil y que los Villanueva y el mismo Canga Argüelles tenían no pocas analogías con ese espíritu contemporizador. Al evidente conservadurismo de todos ellos se añadió el desengaño de una experiencia política decepcionante.

Punto de partida de los tres, aun con matices ligeramente divergentes, es la aceptación del cambio de rumbo impuesto a España por la dinámica del presente y la decisión inaplazable de romper con el pasado sin que esa urgencia de modernizar el Estado excluyera el respeto de ciertas condiciones, el rechazo de la violencia en cualquiera de sus formas y, por tanto, del gobierno de los descamisados. Firmes en esos principios en los dos periodos constitucionales, ésa será de nuevo la clave que en el destierro, vedada cualquier otra actividad, los lleve a la publicística. Erigiéndose en representantes de todo un sector de la sociedad española fiel a su mismo espíritu de moderación — el grupo ascendente de la burguesía de orden — salen a la palestra con el razonable intento de reconciliar las varias facciones liberales debilitadas a fuerza de enfrentamientos.

74-75, *passim*. Para su intervención en la publicística del Trienio v. C. Morange, *En los orígenes del liberalismo vasco: "El Liberal Guipuzcoano" (1820-1823)*, en *Siete calas en la crisis del Antiguo régimen español*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1990, pp. 133-149.

36. Cfr. el testimonio de Llorente sobre los que una vez libres de todo vínculo del juramento de fidelidad prestado a Francia «se apresuraron a reconocer de nuevo por su soberano legítimo al rey Fernando, procediendo en esto con tan buena fe como lo habían hecho a José cuando lo había mandado la necesidad de ceder a la fuerza mayor, unida al loable deseo de precaver y, por lo menos, disminuir los daños de la patria»: J.A. Llorente, *Noticia biográfica*, apud M. Artola, *Los afrancesados*, Madrid, Turner, 1976, p. 72.

4. La función mediadora de la conversación — elemento principal en el original goethiano — encuentra su transposición ya en la misma urdimbre de la revista. La comunicación a través del periódico es instrumento con que alumbrar energías adormecidas por los reveses políticos y aspira a recomponer un equilibrio en la comunidad exiliada. Lo que da voz a la fracción moderada — no tan minoritaria como pudiera parecer si bien inoperante tras el triunfo del absolutismo y ya antes de eso desprestigiada por los exaltados — es su deseo de salvar la tradición ensamblándola en la modernidad. Con innegable optimismo se propone abrir camino en su seno al mito de la reconciliación liberal sirviéndose del tejido conectivo de la cultura como entramado básico. Tan apremiante era mantener contacto con los simpatizantes españoles incomunicados en la Península como dignificar ante la opinión pública extranjera las razones del fracaso liberal reivindicando una respetabilidad para la revolución española, desacreditada por los estereotipos sobre la pasionalidad ibérica³⁷. A esa tarea primordial se sobrepone ahora otro objetivo, hallazgo éste del dinamismo capitalista extranjero: la conquista cultural del mercado americano. Engranada en el juego de estas dos fuerzas la intelectualidad moderada actúa como cabeza de puente insustituible para anexionarse por vía pacífica e inesperada aquel imperio que la ceguera de los gobiernos españoles había conseguido enajenarse. La cultura transformada en artículo exportable habría de ser en adelante factor de cohesión allí donde el aparato estatal había fracasado. La publicística sirve, pues, para poner en práctica una versión muy dinámica de la teoría del carácter nacional, que aspira a conservar la imagen histórica de lo hispano usando las letras como factor de agregación, como vehículo de ideas y ocasión de recuperar en América el ascendiente español perdido para siempre en lo político. Por su medio las antiguas colonias se reconocerían como parte integrante de una comunidad de carácter y acción dotada de espíritu propio.

Para comprender el alcance de esta operación interesa determinar cómo el equipo redactor selecciona su método de trabajo y con qué instrumentos lo lleva a cabo. Ya el enfoque general de la revista llama la atención por dar paso a los acontecimientos más discutidos del inmediato pasado — la reivindicación del Trienio y la emancipación americana — que cobran perfiles insospechados. En el tratamiento de ambas cuestiones se observa un evidente esfuerzo por comprender los hechos y por justificarlos. Frente a ideas recibidas, como la que hacía a los moderados responsables de haber ahogado la revolución, hay buen cuidado en reproducir toda una documentación fidedigna y bien escogida sobre temas y cuestiones españoles y americanos para iluminar con nueva luz sucesos mal conocidos. Para más, la atención benevolente a la actualidad política

37. Cfr. *Sobre la prohibición del presente periódico de los Ocios*, en OEE, n. 19, octubre 1825, pp. 288-291.

ultramarina deja entrever el deseo de forjar una nueva identidad hispanoamericana, soldando en lo cultural lo que la política había desgarrado. Eso supone admitir la madurez y autonomía de las antiguas colonias y se trasluce en una atenta reconstrucción de la personalidad y labor de los personajes de la independencia, que la publicística española solía recordar sólo para denigrarlos. Aun sin llegar a la exaltación carismática del héroe romántico, en vez de la habitual requisitoria contra ellos llama la atención la galería de retratos de hombres ilustres americanos trazada en OEE. También es constante el recurso a una microhistoria reivindicadora que a través de la narración de episodios significativos del pasado reciente reconoce implícitamente su ejemplaridad. El patrimonio de la memoria actúa, pues, como instrumento de comprensión y de acercamiento, sirve para rectificar desde la experiencia presente juicios apasionados que el escritor, con su labor de mediación, interpreta antes de brindarlos al público³⁸. Poco a poco va delineándose así una imagen positiva de la colectividad hispanoamericana, basada en el sentimiento de un fondo histórico común.

También la atención a la producción literaria de los nuevos países revela una apertura hacia los valores de América, hecha con sensibilidad tanto más apreciable si se tiene en cuenta el gusto arcaizante de los redactores. Si al principio se proponían como modelo de perfección *El murciélago alevoso* o las versiones de los Salmos de J.L. Villanueva, con su renacentismo de imitación inseparable de un indigesto aparato filológico, ese lastre del pasado pronto deja espacio a la producción más novedosa de los poetas de ultramar, equiparados con los españoles del momento y con alguna traducción del inglés³⁹. Por esa vía se le concede el espaldarazo a la literatura criolla que, aun sin presentar una auténtica ruptura formal con lo consagrado, enriquecía los motivos tradicionales de inspiración. Débase o no a Mendíbil, el giro era indispensable para congraciarse el público americano y recogía la lección del “Español Constitucional” que, en su radicalismo, aplicaba una receta similar pero con tonos de gran agresividad, destacando los temas americanos en razón de su envergadura polémica más que como reconocimiento de una literatura criolla. Lejos de ese espíritu, OEE no se sirve de la poesía como de una bandera política⁴⁰ aunque no deje de sopesar los efectos psicológicos de unas preferencias literarias. Sin desdeñar los motivos de inspiración revolucionarios lima sus aristas asociándolos a otros más convencionales: el canto a Bolívar de J. Olmedo convive así con José de Urquellu,

38. V. la narración encaminada a rebatir las voces infamantes sobre la muerte de Landaburu o las informaciones sobre las operaciones militares en Tarifa vividas en primera persona: OEE, n. 15, junio 1825.

39. Cfr. *Oda a la paz*, de Cowper, en OEE, n. 15, junio 1825, pp. 487-488.

40. Cfr. M.R. Saurin de la Iglesia, *Un cancionero liberal contra Fernando VII*, en prensa.

mientras Heredia o el mejicano La Barquera alternan con ángel Saavedra. Equidad que no excluye el espíritu crítico a la hora de enjuiciarlos, como se ve, por ejemplo, en la severidad hacia las composiciones de Heredia, tachadas de una hinchazón a lo Cienfuegos mal avenida con el cambio de los tiempos⁴¹. Las ventajas del masivo acceso a la desproveída América no impiden notar sus riesgos: la viva preocupación por las ideas que circularían en aquel campo abierto a la libre concurrencia lleva a proyectar una política cultural partiendo de textos sanamente progresistas y de escritores «que perteneciendo al número de los clásicos de la lengua fueron perseguidos por el fanatismo inquisitorial y jesuítico de sus coetáneos»⁴². Se teme, y no poco, por el futuro del castellano allí «donde con la revolución de ideas es fácil se introduzca la corrupción de la lengua materna»⁴³.

5. La situación de los liberales españoles en Londres recuerda en más de un detalle la de los nobles de la ficción goethiana fugitivos ante la amenaza francesa. De carne y hueso, también ellos formaban parte de una aristocracia obligada a huir para salvarse. Los sucesos políticos al destruir las bases de la vida colectiva española habían minado también sin remedio su existencia particular: las zozobras y miserias a que se veían expuestos día a día en tierra extraña tenían su paralelo en la represión e inseguridad que presidía la existencia de sus compatriotas bajo Fernando VII. Precisos a sobrevivir sin tener seguridad del mañana, su conciencia de pertenecer a una *élite* espiritual con responsabilidades sociales ingentes les sugiere un comportamiento que al provecho inmediato — trabajar para vivir — añadiese un ulterior resultado ideológico. Y es, precisamente, la acción publicística lo que les brinda la oportunidad ideal para transformar en acto de comunicación su desasosiego existencial.

La traducción del título original interpreta *Unterhaltungen* no como *conversaciones diálogos* — según autorizaba el uso del mismo Goethe⁴⁴ — ni como *entretenimientos* — según la versión más socorrida a través del francés *entretiens*, frecuente en obras de ficción para el gran público —, sino como referencia al *otium* literario de raigambre clásica, favorecedor ideal de la obra escrita. Esa alusión al uso productivo del tiempo, modo antiguo y convencional de congraciarse el público, es un desafío a la muerte civil decretada contra los redactores. Actitud vitalista tanto más interesante cuanto que otras víctimas de la misma situación, abrumadas por ella, se negaban a sí mismas el derecho a sobrevivir moralmente tras

41. OEE, n. 23, pp. 516-520.

42. *Proyecto de un instituto literario para Hispanoamérica*, en OEE, n. 19, oct. 1825, pp. 293-299.

43. *Ibidem*.

44. Tanto en la acepción más reducida como en la más rica del término hay ejemplos en su diario: v. J.P. Eckermann, op. cit., 24.V.1825, p. 730.

el oprobio de una condena a la pena capital⁴⁵. Al contrario, los redactores y sus simpatizantes se niegan literalmente a ser borrados del mapa y, empeñados en dignificar la realidad miserable en que vegetan, se sirven de ella como de un compás de espera para ahondar sus reflexiones y hacer fructificar su experiencia. A esta utilización productiva de un tiempo muerto remite el lema horaciano *Vitanda est... desidia* estampado en el frontispicio de la revista y emparentado con el *motto* de Treuttel *In labore otium*⁴⁶. Esa actitud remite al valor educativo de la comunicación — fundamental en la obra de Goethe — y crea un plano de relación al que cada emigrado — en vez de enfrascarse en sus propios problemas — podía acceder con beneficio recíproco. Así lo entienden los lectores, transformados ocasionalmente en colaboradores cuando «el ocio en que los emigrados vivimos [nos] pone la pluma en la mano» y los lleva a puntualizar recuerdos y deshacer inexactitudes⁴⁷. Con prudencia y comedimiento, los temas políticos «pasados y presentes» ocupan por eso un lugar importante en la publicación y la distinguen del precedente goethiano. En ella predominan literatura, economía y política, «los tres ramos principales de la historia de España»⁴⁸ y en torno a esos temas, en un programa desarrollado a lo largo de los tres años siguientes, será donde se vislumbre mayor cercanía al referente alemán, con su concepto de educación estética como misión cívica superior a las facciones políticas. Lo que la revista consigue, tras la estela de un *maître a penser* independiente del imperialismo francés, es ofrecer al público una vasta meditación sobre el significado de lo español en el mundo moderno, cuya reivindicación habían iniciado los eruditos alemanes e ingleses enamorados del Siglo de Oro. No cabía ya sino recoger aquellas sugerencias, que las guerras napoleónicas, al forzar los confines del mundo hispánico, habían propiciado involuntariamente⁴⁹.

El plan anunciado en las páginas introductorias conserva resabios dieciochescos, y no sólo en su amplio concepto de literatura. Para empezar, la inspiración general parece deber mucho a una manía característica de J.L. Villanueva, de la que se hacían eco ironicamente los contemporáneos, es decir, «la idea feliz de no anudar ni cortar nunca el hilo de sus cartas, cuadernos, apuntes y otras obritas más o menos clásicas, según la

45. Tras la condena firmada por Fernando VII el Regente Ciscar vivió recluido en voluntaria inactividad por considerarse «como no viviente y como hombre muerto»: cfr. E. Laparra, *El Regente Ciscar. Ciencia y revolución en la España romántica*, Madrid, Compañía Literaria, 1995, pp. 55 y 262.

46. Cfr. Barbier, art. cit., p. 111.

47. Así el General en jefe interino del Ejército de reserva A. Burriel, y el Jefe de Estado mayor F. Valdés: OEE, n. 13, abril 1825, pp. 354 y 430.

48. OEE, n. 1, abril 1824, p. 4.

49. *Ivi*, p. 7-96.

mayor o menor fuerza de espíritu y meditación: en que se encuentra a veces el Señor Don Roque...»⁵⁰. Sarcasmos aparte, sabido es el valor que la cultura europea setecentista concedió a la experiencia vivida y destilada gradualmente⁵¹, tendencia que hacía muy buenas migas con el original goethiano, igualmente carente de plan deliberado. Esa resistencia a petrificar en sistema el significado vital de la experiencia llevaba *in nuce* la posibilidad de un desarrollo cíclico y permitía una flexibilidad acorde con el gusto del día: alimentar de manera incesante la gana de leer variando los temas, objetivo del espíritu comercial que de los empresarios se transmite a los intelectuales y los asocia en empresas comunes. La fidelidad a ese espíritu fragmentario se comprueba en el mismo pórtico de OEE, donde se da razón del título y del carácter de la publicación:

...dimos el nombre de Ocios a estas ocupaciones, que no son obras largas sino escritos sueltos de objetos aislados y varios, que algunos (acaso con propiedad) llaman trabajos fugitivos: los cuales ocupando sin fatiga al que escribe, instruyen sin fastidio al que lee. No hacemos novedad en esto: antes creemos seguir el gusto de nuestro siglo, decidido por las obras periódicas que en tanto número se escriben, en las cuales baxo diferentes títulos se presentan al publico fragmentos pequeños y de cosas heterogéneas, buscadas con anhelo y leídas con gusto como auxiliares de la instrucción universal...⁵².

El arte del diálogo — escogido por Goethe como medio para salvar la brecha generacional entre puntos de vista y personajes diametralmente opuestos — experimenta una visible dilatación en esta traslación a lo español actual, transformándose en una apelación a la sociedad para construir un nuevo orden ajeno a toda violencia revolucionaria. Pero la analogía va más allá y refleja no sólo un conocimiento cabal de las circunstancias en que había surgido *UdA* sino también de sus propósitos. Aunque, al revés de lo que sucede con la colaboración entre Goethe y Schiller, queden en la sombra los preliminares de la aparición de OEE, la intención de sus autores está clara. La elección del título supone una asimilación correcta del mensaje goethiano pues a la transposición literaria del inquietante tema de la Revolución emparejaba la función de las letras, salvadora de un mundo en crisis: misión convincente para los exiliados españoles, que, como los del modelo alemán, ambicionaban dar sentido a su existencia y transformar su inactividad forzosa en acción reconciliadora. Para más, las circunstancias de ese exilio añadieron especial valor a su modo de asimilar el modelo. Si la cautela era lo más llamativo de la fábula didáctica que sirvió a Goethe para envolver su actitud

50. *Condiciones y semblanzas...*, cit., pp. 102-103.

51. M. Bell, *The Idea of Fragmentariness in German Literature and Philosophy 1760-1800*, en "The Modern Language Review", april 1994, vol. 89, part 2, pp. 372-392.

52. OEE, I, p. 2.

ideológica, la traslación española desecha el modo simbólico de acercamiento al mundo en ebullición del que surgía. En vez de aterrarse ante el desmoronamiento de su propio universo — como la Baronesa de la ficción — los emigrados españoles le hacen frente con arrojo; dando primacía a las cuestiones más candentes en vez de vedarlas — como hacía aquel personaje, remedo del proverbial avestruz — sacan fuerzas de flaqueza; sin evadirse en una intemporalidad de ensueño se atienen a la realidad y en ella ensayan la validez de un programa de educación popular que pone a prueba la flexibilidad de su concepto de cultura. Dado el aristocraticismo en que se habían formado ¿cabría mejor prueba del triunfo de la mentalidad democrática? Si la preferencia por la reforma intelectual antes que por la revolución era la lección kantiana que el Siglo de las Luces había hecho propia, lo acertado de esa postura se comprueba en la aprobación general hacia una revista surgida en un medio tan aleatorio como la benevolencia de la Gran Bretaña y el *status quo* internacional⁵³. Frente a la leyenda de pasionalidad incivil la revolución española aspiraba a redimirse por obra de los moderados.

53. OEE, 2ª época, VII, enero 1827, pp. 524-525.